



POR LA ESPAÑA VIEJA

LOS SANTOS DE VALLADOLID

Si los españoles concediésemos al arte y á la naturaleza de nuestra patria algo de la estimación que otorgamos á la trapetería y á las hornillas francesas, Valladolid sería objeto de peregrinación, no por sus edificios, aunque tan grandiosos, ni por sus recuerdos, aunque tan augustos, sino por su riqueza increíble en efigies de madera,—la escultura nacional.

España reúne á otros muchos atractivos el de una variedad encantadora. Cada ciudad española, de las renombradas por su contenido artístico, presenta un interés peculiar suyo, algo que la caracteriza y distingue de las demás. No cabe aquí monotonía. Recuerdo que á un ruso ami-

go mio, muy partidario y admirador de nuestra patria, le dijo cierto francés: «Llego de España ahora, y voy á escribir sobre ella.» «Pero, ¿de cuál España viene V., y de cuál va á escribir?» contestó el ruso: «porque hay tantas Españas como regiones españolas, y en nada se parecen unas á otras: cada cual tiene su fisonomía inconfundible.» Para los que no distinguen de colores, Castilla es la tierra de la uniformidad, una interminable meseta donde á trechos surge la torre del campanario, como en la infinita llanura del Océano la arboladura del navío. Pues yo juro que las dos Castillas son varias, entretenidas, golosas para la imaginación del artista, tanto como el Sur, y no menos que el Noroeste de España.

Distintas veces me he detenido en Valladolid, y siempre mi primer salida fué hacia el Museo provincial. A cada nueva visita, comprendo mejor su excepcional interés. Yo no sé si para los puristas del arte está en olor de santidad la escultura en madera, que es lo contrario del ideal

griego, todo armonía y euritmia. En esta forma del arte escultórico, donde descuellan como astros principales los maestros Berruguete, Gregorio Hernández y Juan de Juni, hay una mezcla de clasicismo en el modelado de las carnes y paños, de romanticismo en la expresión, de realismo en el color y en los detalles, que hace del conjunto cifra y símbolo de nuestra genialidad nacional y de nuestro ideal religioso.

Para un católico español, un bulto de mármol ó de alabastro siempre será frío: necesitamos humanar la efigie divina, darle entonación, ropajes y encarnadura, ver la sangre de las llagas, lo amoratado de los cardenales; nos conmueve el sonrosado cuerpecillo del Niño-Dios, y nos edifica la palidez del asceta, su inculta barba, sus ojos vidriosos en que hay lágrimas, y sus pies descalzos, desollados, afeados por el polvo del camino. En esto de misticismo, como en todo, somos principalmente realistas, acaso por culpa de la deficiencia imaginativa que en nos-

otros observa Leighton, y que no nos permite prescindir de las «especies sensibles», y poner de nuestra cosecha lo que no existe en el objeto de la contemplación. Una de las imágenes más renombradas de Valladolid es la Virgen de la Angustia, de Juan de Juní, vulgarmente llamada *Zapatos* ó *de los Cuchillos*. Diríase que en esta terrible escultura, donde, según la tradición, reprodujo el artista el dolorido aspecto de su propia hija mortalmente enferma, vencida por la hipertrofia; no cabe mayor señal de desconsuelo y agonía que la de su misma actitud; la contracción del semblante, el trágico movimiento del cuerpo, todo. Sin embargo, allí están, materializando el sufrimiento, los siete cuchillos de plata, cuyas puntas convergen y se hincan en el martirizado corazón. Soy española tan genuína, que sentiría le quitasen á la Dolorosa sus cuchillos. Estas imágenes semivivas, que sangran y casi alientan, me dicen lo que no me dirá jamás la vaguedad de la música, principal elemento es-

tético-religioso en el Norte de Europa.

Grandes artistas fueron sin duda los escultores que poblaron de santos «de carne y hueso» los retablos y hornacinas de los conventos de Valladolid, Medina, Segovia y Salamanca; mas si no eran ellos mismos quienes se encargaban de encarnar y estofar las cabezas, manos y ropas de las efigies, digo que de tanta admiración como los autores de la talla, son dignos los de la pintura. Ni hay quien talle ni quien pinte así en el día. En Simancas, sobre un armonioso retablo antiguo, vi destacarse una especie de langostino mondado, un cuerpo *color fresa*, que parecía los que exponen en sus vidrieras los ortopédicos. — «¿Qué es aquello?», — pregunté con asombro. — «Pues ná...», — respondió el sacristán y organista con desdén. — «Un francés que vino ahí engañando.... y pa muestra pintó esa figura, y miusté lo que ha salío!»

Grima da el comparar á los santos viejos con esos modernos santucos arrebolados y blanqueteados lo mismo que

cómicos de la legua, de caras hipócritas ó bobaliconas, repugnante muestra de la falta de inspiración religiosa y del industrialismo que la está matando. No quisiera enemistarme con el bienaventurado Labre, ni menos con Nuestra Señora de Lourdes, porque si bueno es tener amigos hasta en el infierno, tenerlos en el cielo no hay para qué decir cuánto será mejor; pero un bienaventurado ó una advocación de la Virgen no pueden inspirarme ese sentimiento mixto de veneración y familiaridad que se llama *devoción*, mientras no he visto y amado su representación artística.

Decía—y basta de digresión—que fui al Museo de Valladolid en derecha, aunque para esto de santos de palo es Museo todo Valladolid. Apenas habrá iglesia que no ostente efigies y altares que en otro pueblo serían objeto de admiración, mientras allí apenas se les hace caso. Tan inverosímil riqueza de esculturas es fruto de un período relativamente corto: el de la vida y florecimiento de

los grandes maestros Berruguete, Alonso Cano, Hernández, Becerra, Juní y alguno más, pléyade que fué á Italia á beber en la fuente miguelangelesca, y nos trajo el Renacimiento tal cual nosotros podíamos admitirlo, expresivo antes que clásico, sujeto á nuestro carácter propio y dirigido por las vías de la fe, más exaltada entre nosotros que nunca estuvo en Italia, y triunfante y avasalladora precisamente en la época del *cinquecento*, en que Italia produjo sus grandes paganos, mientras nosotros producíamos nuestros grandes santos.—Á diferencia de la arquitectura y de la talla, ¡la imagería de madera no tuvo decadencia, ni período de mal gusto. Para las efigies no hubo Churriguera. Esa forma del arte tan nuestra, que con tan fogoso ímpetu se había desarrollado, murió con sus creadores.

Inmunerable legión de esculturas, que ya no cabe en él, puebla las salas bajas del Museo provincial de Valladolid. Por falta de espacio y de instalación adecuada, se deslucen y no pueden apreciarse de-

bidamente algunas de sus mejores prendas. Bien lo lamenta el celoso conservador D. José Martí, á quien yo aconsejaría, si para aconsejar tuviese autoridad bastante, que restara del Museo mucho lienzo de mala mano, guardándolos enrollados en los desvanes y dejando sitio para las esculturas, gala de este establecimiento y señal que lo distingue entre los demás de España y del mundo. En pintura posee el Museo de Valladolid cosas apreciables; en escultura las tiene de primer orden. Lo accesorio é infimo debiera sacrificarse á lo principal, tanto más cuanto que hay allí cuadránganos procedentes de conventos, poco dignos de ofrecerse á la admiración ni siquiera á la curiosidad del público, mientras la sección de escultura merece todo el mimo y atención que se le consagre.

Apiñadas las efigies, se desmerecen unas á otras, y casi marean al que las mira. No se puede volver la vista á ninguna parte sin encontrarse con un Papa que bendice, un Evangelista que escribe

mirando á las nubes, un sayón que aprieta los puños y echa chispas de rabia, un *Ecce Homo* en actitud doliente ó una Magdalena llorosa. Mi hija Blanca, chiquilla al fin, retrocedió llena de susto divisando en un rincón la catadura siniestra de un jayán agachado, como en acecho—sin pedestal ni cosa que lo valga—que al parecer iba á arrojarse sobre los visitadores pidiéndoles la bolsa ó la vida. Gracias á que era día claro, y la luz del día disipa el terror. En otra de mis estaciones en Valladolid, recuerdo que visité el Museo bastante tarde, casi al anochecer. Sola iba y sola me dejó el conserje en la sala donde se agrupan los Pasos de las Penitenciales, y á los pocos minutos ya sentía la semi-alucinación del terror, ante las figurás violentas, desproporcionadas, efectistas, pero tan dinámicas, de aquellos judiazos, de los cuales dice con razón el Sr. Muñoz Peña, ilustrado autor de una notable monografía sobre *El Renacimiento de Valladolid*, que «admiran por su artística fealdad» encerrando esa feal-

dad hiperbólica y patibularia—concebida por Gregorio Hernández, el artista que más dulzura y suavidad puso en los lineamentos de sus efigies—un profundo sentido religioso de amor á la santa víctima del drama de la Pasión. Yo presumo, sin embargo, que aun cuando los *Pasos* hayan salido del taller de Gregorio Hernández, y trabajase en ellos Hibarne, su hijo político, no labraron tan rudas imágenes las delicadas gubias de mi paisano.

El cual, si no me equivoco, se lleva la palma entre un conjunto de artistas donde los hay más celebrados que él,—dígalos Berruguete. Adviértase que hablo solamente del Museo, pues si recuerdo el bulto yacente del cardenal Tavera, que acabo de admirar en Toledo, tengo que proclamar á Berruguete artista único. Sin embargo, en el Museo de Valladolid ninguna obra suya, ni el *San Pedro de pontifical*, ni la *Coronación de la Virgen*, ni el *Salvador*, ni siquiera las asombrosas tallas de la sillera del coro de San Benito,

pueden competir con la obra maestra de Gregorio Hernández, el *Bautismo de Cristo por San Juan*. No he visto alto-relieve de madera que supere á éste en la concepción ni en el desempeño. Hay movimiento sin exageración, sentimiento sin énfasis, pureza de líneas sin frialdad, y un equilibrio tal de condiciones y tan majestuosa calma, que no se sacian los ojos de mirarlo ni el alma de bañarse en su dulzura. Allí también entra como elemento estético la euritmia, que parece privilegio del arte pagano; pero más que serenidad, infunde arrobamiento este relieve.

Hernández no era lúgubre, triste ni medroso; su religiosidad revestía formas plácidas y risueñas; su colorido era claro, brillante y puro; la luz del día alumbraba sus creaciones, y esta especie de vida jubilosa y de culto á la belleza es lo que más distingue á la obra de que trato. Los que dan por cosa hecha que la religión en España fué un acceso de fanatismo visto á la luz de una hoguera, observen

á Gregorio Hernández y digan si cabe un artista más descendido del paraíso, más cercado de aureola, más murillesco en sus divinos ángeles, más luminoso y más *mariano*.

En cambio, Juan de Juní, escultor infatigable y desencadenado, que inundó á Valladolid de retablos y efigies, representa bien el ardor, el instinto dramático-religioso de nuestra raza. No sé si era español Juní, porque creo que el punto no se ha dilucidado; sé que fué su inspiración más ibérica, menos influida por el clasicismo de Italia que otra alguna. Si á Berruguete hay que concederle maestría, ciencia anatómica, y á Hernández pureza y elevación, Juní es sin duda el escultor de más temperamento, de más nervios, de más vida pasional: un terrible efectista, un dramaturgo, un violador intrépido de la ley primordial de la escultura, que parece ser la armonía lineal y la quietud y decoro de las actitudes. Las efigies de Juní se retuercen, se contraen, se escorzan: todo en ellas — posición, plegados de los

paños, gesticulación de los rostros, el mismo colorido de la encarnación — es un sacrificio de la hermosura plástica á la expresión vehemente.

¡Cuánto he sentido, por esa fatalidad que hace que siempre se quede atrás en los viajes algo que de veras importa, venirme sin ver el *San Francisco de Asís*, obra de Juní, que se admira en el convento de Santa Isabel, y que pasa por una de las mejores efigies del Cristo de la Edad Media, en nación como España, que produjo las mejores efigies de San Francisco que se conocen en el mundo! De compensación me sirvió el San Antonio de Padua del Museo. Los *San Antonios* suelen ser mofletudos, plácidos, orondos, sin señales de penitencia en la cara ni en el cuerpo. El *San Antonio* de Juní es un asceta: sus enérgicas facciones, de tipo latino, están demacradas por el ayuno y trabajadas por el llanto de la contrición; la barba inculta le da aspecto de varonil desaliño. El Jesusín es un capullo de rosa y un hechizo, por la actitud

tan natural como zalamera con que acaricia al Santo.

Noto que he hablado de Valladolid sin atender más que á su escultura religiosa. ¿No hay en tan importante capital—me dirán—algo que merezca especial mención, aparte de las efigies? Sí que hay; ¡pues no ha de haber! Sin salir de los dominios del arte, el mismo Museo contiene curiosidades en ropas, medallas, cofres, etc.; y en cuanto á edificios, San Pablo y San Gregorio son dos joyas platerescas, divinamente restaurada esta última por el arquitecto D. Teodosio Torres, nombre que merece consignarse; y hay en Valladolid paseos regios, y opulentos casinos, y tiendas muy bien surtidas, y un teatrazo de Colón que afrenta á Madrid, y la casa de Cervantes, y ¡tanto más!

Sólo que yo no escribo guías; voy á donde me lleva mi capricho, á lo que excita mi fantasía, al señuelo de lo que distingue á una población entre las demás de España. Y Valladolid, es indiscutible; tiene por blasón su hueste gloriosa de

santos viejos. Yo me pasaría un mes sin otra ocupación que registrar esta corte celestial... si no tuviese que ir á Medina de Rioseco, á Tordesillas, á Villalar, á Simancas, donde veré algo que tal vez merezca contarse.

